

LA MENTIRA EN LA CONSTRUCCION DE LA MASCULINIDAD

José Manuel Salas C.

INTRODUCCION

No hay duda que los estudios sobre la condición masculina poco a poco han ido adquiriendo cierto grado de importancia e interés en nuestro país. Pese que ese interés es apenas incipiente, día con día se asoma una mayor posibilidad de incrementar esta necesaria área en los llamados estudios desde la perspectiva de género. Desde propuestas pioneras (Rodríguez y Salas, 1991), pasando por importantes trabajos finales de graduación en la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica (Chinchilla y Gutiérrez, 1992; Ortiz, 1994; Rojas y Scott, 1994) hasta la sin precedentes presencia del tema de la masculinidad en el pasado III Congreso Nacional de Psicología. En este foro de actualizada discusión profesional, académica y científica, de 29 trabajos sobre género, varios de ellos fueron sobre masculinidad; incluso, se llevó a cabo todo un panel sobre la temática.

Pensar hace pocos años sobre la realización de una actividad de esa naturaleza era prácticamente ilusorio.

En rima con lo anterior, además, el reflexionar sobre la condición masculina es un proceso que le ha sido extraño tanto a los varones, en su condición de tal, como a las ciencias en general, en las que su estudio recién se inicia en nuestro país (se conoce ya de muchas experiencias en Europa, Estados Unidos y algunos países de América

Latina).

De la primera noción en el párrafo anterior se desprende una de las características que tenemos los varones: poco nos gusta o interesa pensar sobre qué es lo que nos pasa, sobre cómo somos. Incluso, muchas veces, en espacios al parecer exclusivos del hombre como es el bar, y con un par de cervezas, decimos algunas cosas, pero muy pronto nos detenemos, no seguimos. Uno de los principales problemas que la literatura reporta es precisamente que juntar a hombres para que hablen o razonen sobre sí mismos es poco menos que imposible. Pretendo reflexionar sobre los condicionantes sociales que subyacen a esta característica masculina.

Este trabajo intenta poner en limpio una serie de reflexiones que responden a mi experiencia como hombre, como terapeuta y como investigador. Espero que compartirlas sea de beneficio múltiple.

LA CONSTRUCCION SOCIAL DEL GENERO

No se requiere reiterar aquí una serie de ideas y conceptos que dan cuenta, en la teoría y en lo instrumental, de la noción de género, como categoría central en la comprensión del comportamiento de los seres humanos, de acuerdo a si son hombres o mujeres.

Sobre esto existe abundante literatura, nutrida de valiosa discusión, que nos ha propiciado un marco de comprensión global sobre la temática. Autores y autoras han proporcionado en forma generosa mucho material al respecto.

Tal vez, para efectos inmediatos de este trabajo, valga la pena repasar brevemente un par de conceptos.

Primero, partir de la base que el género y sus derivados son productos sociales; es decir, su acción y efectos están en estrecha vinculación con las dimensiones de tiempo y espacio. La feminidad y la masculinidad no son entelequias eternas, inamovibles; todo lo contrario, se trata de categorías sociales que responden al momento histórico y al espacio que ocupen los seres humanos. Ser hombre o ser mujer no ha sido, ni ser, siempre lo mismo. La historia de la humanidad está repleta de evidencias de tal situación.

Por lo tanto, el género es una construcción social. Siguiendo a Lagarde (1990):

"...(el género) es un conjunto de cualidades económicas, sociales, psicológicas, políticas y culturales atribuidas a los sexos; los cuales, mediante procesos sociales y culturales constituyen a los particulares y a los grupos sociales". (p g. 61)

Es decir, agrego, el género es hijo del proceso de socialización, el que como sabemos, depende de los condicionantes y demandas de los distintos grupos humanos. Así, entonces, el pensar, sentir y actuar, como hombres o como mujeres, depende del proceso de socialización.

De lo anterior se desprende un hecho evidente, y por ello a veces invisible: el género no es lo mismo que el sexo. Pretender asimilar el primero al segundo es un burdo ardid mediante el que se naturaliza lo histórico y se anquilosa lo dinámico.

En concordancia con lo anterior, reitero que, en efecto, por sus

propias necesidades cada grupo social plantea razones particulares para hacer las divisiones correspondientes al cómo debemos ser como hombres o somos mujeres. Puedo transar en que por lo menos hasta ahí no hay mayor problema. Este se presenta cuando la división es tajante, incluso en forma maniquea, donde para ser de uno no se debe ser de la otra; aunque probablemente con mayor demanda en ese sentido para los varones.

Esta división y los medios por los cuales se la hace valer, aplica tanto para hombres como para mujeres y eso a veces se nos olvida o a través de diversos trucos, se nos impide verla. Creo que es importante partir de ese elemento, porque para que podamos hacer eso como sujetos cada uno de nosotros o nosotras, como seres de carne y hueso, hay ciertos mecanismos que tienen que darse y actuar de manera efectiva para que lo que hagamos, pensemos y sintamos sea sin refunfuñar ni protestar. Mecanismos como la negación, la represión, etc. -sin una apelación estricta a las nociones psicoanalíticas-, están a la base de todo eso.

Así, la implantación y asunción de muchos mitos y estereotipos en torno al ser hombres o mujeres, son el telón de fondo del escenario en el que nos movemos los seres humanos. Esos mitos y estereotipos actúan en forma permanente y sistemática, sobre todo filtrándose en los intersticios de la cotidianidad, la que por su inmediatez es difícil de someter al análisis crítico y cuestionador.

EL PAPEL DE LA MENTIRA

En el contexto descrito, una de las forma en que esos mecanismos se evidencian, en mi criterio, es la mentira. Esta actúa en un

dispositivo doble: como mecanismo y como manifestación.

Cómo juega la mentira en todo esto?

Intento mostrar en este trabajo cómo ha actuado y actúa lo planteado en los varones. Antes de ello, es necesario reparar en el pequeño gran detalle que tales mecanismos han jugado su papel en las mujeres, con tanta o más efectividad y sutileza que en los hombres. Ellas han tenido que creerse que no sirven para la matemáticas; que no pueden con un aparato electrónico -muchas veces ni siquiera para encenderlo-; que no pueden cambiarle la llanta al auto; o que por naturaleza son frágiles y asustadizas. Ello muchas veces aun cuando las evidencias son incontestables: "las mujeres somos débiles", no obstante se las vea trabajando de tu a tu con los varones en las pesadas tareas agrícolas o bien -como en muchísimos casos- están al frente de núcleos familiares.

La única manera para que una mujer puede plantearse eso es mintiéndose a sí misma: "no puedo, no sé". En otras palabras, "me creo las mentiras!". Y para que el círculo se cierre y no queden rendijas de duda, los hombres creen en esas mentiras y también en las propias.

LA MENTIRA EN LOS VARONES (JUEGO DE ESCENAS)

Pretendo exponer mediante algunas escenas lo que los varones atravesamos y vivimos en torno a esto de la mentira para luego hacer algunas consideraciones. Estas son, en lo básico, extraídas de la cotidianidad de hombres y mujeres en nuestro entramado sociocultural. Obviamente que no son todas las escenas posibles; las que incluyo son

para efectos de ilustración y apoyo a la reflexión pretendida. Invito a lectores y lectoras pensar -o recordar- sus propias escenas.

I ESCENA: el escenario es intrauterino.

"Las voces de las personas que visitan mi casa dicen que soy hombre, porque pateo mucho a esta señora que dicen es mi mamá. Entonces, voy a patear lo más duro que pueda... porque soy hombre!. Ser hombre debe ser muy importante; un señor que anda por ahí se pone contentísimo porque dice que voy a ser centro delantero. El problema es que a veces no quiero patear..porque estoy cansado ...o no me da la gana!".

(Evidentemente, también hay preocupación si el monólogo anterior es recordado por una niña, después de nacer).

II ESCENA: el escenario es el hogar y la escuela.

"Soy fogosísimo, soy terrible, no me soportan, realizo solo ciertos juegos... otros me están del todo prohibidos aunque me gusten, pero son los de las mujeres, por eso no los puedo jugar! Muchas personas me regalan carritos, bolas de fútbol y juguetes de guerra...qué raro!".

(Aquí conviene detenerse a pensar en la necesidad de evaluar si la mayoría de accidentes, por lo menos los más aparatosos y peligrosos, se dan en varones o en niñas. Tema importante a revisar, que podría ser objeto de estudios de gran alcance).

III ESCENA: el escenario es el hogar, la escuela o en el barrio

"No me duele, no debo llorar; es decir, tengo un sistema nervioso

diferente de esos otros seres que les dicen mujeres porque a ellas sí les duele y sí lloran.

Soy fuerte, no puedo ser débil. Si lo soy, soy como ellas y me parece que eso es muy insultante...mis amigos se enojan mucho cuando les dicen 'mujercitas' porque ellos lloran o se quejan".

IV ESCENA: el escenario es la escuela, el colegio, el barrio y a veces en la Universidad o en el lugar de trabajo.

"Claro que yo sé, que es eso de la sexualidad...si yo soy hombre!. Eso lo sabemos desde el nacimiento. Además, sé, que debo llevar la iniciativa y enseñarle a ellas, incluso hasta en los libros lo he leído.

En las conversaciones con mis amigos, todos ellos son expertos en esta materia. Yo también!".

V ESCENA: el escenario es el mismo anterior. Esta escena tiene algunas variantes.

a) "Claro que me masturbo...ya yo echo de eso!" (en el grupo de amigos o compañeros)

b) "Claro que me acosté con ella, es más no fue tan difícil, la pasamos muy bien!"; o "Claro que anoche me la apreté!".

c) "Cómo se te ocurre preguntar eso...por supuesto que ya fui donde las prostitutas. Ya me hice hombre!".

d) "Siempre estoy listo, no se me escapa ninguna. Es el mandato de las hormonas!".

e) "Qué raro, no entiendo. Siempre que se me acercan ellas, cualquier gesto o aproximación que hagan, es para acostarse. A veces no quiero hacerlo, pero se imaginan qué color si no les doy pelota o no les echo el cuento"!

f) "La dejé muerta de placer...qué noche...soy una m quina de producir orgasmos en ellas!"

g) "Mae, mae...cómo le iba a decir que no quería sexo! Eso no es de hombres. Aquel mae le dijeron que era marica porque no quería nada con ella y los hombres siempre tenemos ganas...somos como los boy scout: siempre listos!".

VI ESCENA: el escenario es todos los ámbitos.

"No deseo, no necesito, no me hace falta abrazar a mi gente cercana. Tal vez a mi mamá, a mi papá nunca; de todas maneras a él no le gusta...se pone muy incómodo. Con mis amigos sí, les doy un fuerte apretón de manos...eso es de hombres, más de eso jamás!".

VII ESCENA: el escenario es el hogar, el lugar de trabajo y en otros ámbitos.

"A mis hijos los quiero mucho, son lo m s importante de mi vida, poco los veo, pero ello saben que los quiero porque trabajo para ellos. Por eso es más importante trabajar, estar fuera de la casa para no perder el tiempo, ellos me entienden! Me siento mal perdiendo el tiempo jugando con ellos o revisando su material escolar, así lo debemos hacer los hombres!".

VIII ESCENA: el escenario es en todos lo ámbitos.

"Soy hombre: tengo el poder, tengo la autoridad...el suicidio, los infartos, el surmenage no tienen nada que ver con eso.

No siento, soy insensible...eso es perder el tiempo, por eso muy poco voy al médico o cuando lo hago es con un preinfarto o a punto de explotar".

(En la película "Relaciones Peligrosas", el Vizconde se suicida, lanzándose a la espada de su contendiente, porque le es intolerable el hecho de saber que está enamorado de la duquesa.

La cinta hace el relato de situaciones a mediados del Siglo XVIII.
Con sus variantes, algo similar podría suceder hoy día, sin
necesidad de llegar al suicidio)

IX ESCENA: el escenario es los Tribunales de Justicia.

"Por favor, señor Juez, créame, créame...yo la violé!".

(El imputado, de 21 años, estaba acusado de abusos deshonestos y pedía ser procesado por violación aunque significara cinco o seis años más de cárcel. Cuando intentó, no pudo violar a una mujer y optó por masturbarse sobre ella).

Con base en lo anterior, obviamente incompleto YA QUE FALTAN MUCHAS ESCENAS, quisiera formular algunas reflexiones.

CONSIDERACIONES VARIAS

Siguiendo a Naifeh y White (1991), la masculinidad se caracteriza porque es un rito que no tiene fin. Permanentemente hay que estar haciéndola valer; siempre hay que estar diciendo y actuando para garantizar su presencia. Cualquier signo, por mínimo que sea, de su ausencia debe ser controlado de inmediato para que no produzca una invasión a la estabilidad masculina. Por eso, los varones estamos siempre a la expectativa de esas señales; no obstante, como veremos más adelante, esa expectativa no es solo de los hombres.

Es mi criterio que, entre otras cosas, para poder mantener la masculinidad se recurre a la mentira. Y el problema no es tanto que el hombre le mienta a los demás; el problema es que a final de cuentas

necesita creer la mentira. Y de hecho se la cree!. Aquí es donde ubico la médula del asunto.

Cuales son las consecuencias, entre varias, que considero se desprenden de todo esto?

Primero, como ya dijimos, que hay una necesidad compulsiva, permanente, obsesiva, de estar afirmando esa masculinidad: siempre dispuesto al sexo, agresivo, activo, no me duele, no me interesa, lo importante está afuera, etc.. Es lo que Naifeh y White (1991) denominan "hombres cerrados". Es decir, esa imposibilidad de poder trascender una serie de estereotipos y colocarse en otro lugar.

El problema aquí es el terror de no ser hombre porque de pronto me descubren o me descubro actuando, sintiendo o pensando de acuerdo con lo prescrito para las mujeres. Es aquí donde actúa esa división maniquea que se hace de lo que deben ser hombres o mujeres. Se naturaliza (sexo) lo que es construido socialmente (género). Se es hombre en la medida que estoy aquí: si incursiono en la otra parte, la femenina, dejo de ser hombre. Esto, en nuestra sociedad, es realmente terrible. No es tan castigado el que las mujeres hagan lo contrario; de hecho en muchos casos ello es fomentado y celebrado.

Como dice Rivera Medina (1991), la masculinidad es frágil. La metáfora de un afiche pesado e importante, que debe exhibirse siempre, pero que está colgado de alfileres, me parece que cabe perfectamente en este punto. Por ello siempre hay temor que se caiga. En mi opinión, tanto esta fragilidad como la necesidad de estarla validando en forma permanente mediante rituales muy enraizados, es lo que lleva tanto en

lo cotidiano como en situaciones extremas, a presentarnos una masculinidad con características exacerbadas. Es decir, para poderme mantener protegido en mi atalaya, tengo que construir barreras y fosos muy claros para que no penetre nada de lo otro (lo femenino) en mí y no se me salga nada hacia allá.

De ahí cuestiones que podemos ver, como las ya señaladas (evitar contacto con los niños, por ejemplo) hasta niveles evidentes, y muchas veces irracionales de homofobia, pasando por la carrera de conquista permanente de mujeres que en muchos hombres actúa como ese mecanismo de validación señalado.

Sin embargo, y eso hay que decirlo con claridad, lo anterior no actúa solo en los hombres; lo hace también en las mujeres -en diferentes roles-. Precisamente parte de la fina efectividad de estos mecanismos es que actúan sobre integrantes de uno u otro género, en un sistema que busca la complementariedad de unos con otras. Esto es obvio: el sistema no puede dejar ángulos sin cubrir.

A manera de ilustración, en mi experiencia clínica he venido encontrando, cada vez con más frecuencia, una situación que me parece obedece a lo mismo. Se trata de mujeres de entre treinta y cuarenta años, muchas de ellas profesionales, cuya preocupación en diferentes grados es estabilizar una pareja. Algunas de ellas han tenido previamente experiencias de pareja; e incluso algunas de ellas, en este momento están divorciadas. Por lo general, son mujeres con autonomía intelectual, profesional y hasta económica, con éxito evidente en sus actividades laborales y con un aceptable manejo en lo que a la crianza de sus hijos se refiere.

La pretensión de estabilizar pareja no es extraño ni condenable. La extrañeza se presenta cuando, al final, nos damos cuenta que su búsqueda es de un padre para sus hijos y secundariamente un compañero. El asunto es aún más complicado porque su inquietud es sobre la necesidad de una figura masculina que vaya a ser una garantía de identificación de sus hijos, manifestándose en muchos casos el temor directo a "desviaciones" en la identidad sexual de ellos.

En lo anterior, es evidente la confusión que se da en estas mujeres entre la paternidad y la función paterna. Esta última no es exclusiva de los varones: muchas mujeres (madres, abuelas, tías, etc.) asumen esta función y lo hacen en forma adecuada, "sin poner en peligro la identidad sexual de los niños". Sin embargo, la ideología predominante las ha llevado a creer que solas no pueden, que necesitan un hombre a su lado "para sentirse respaldadas". Los hombres, obviamente, también hemos creído en lo inefable de ese mandato. Estamos aquí frente a otra escena de las mentiras.

Además, por lo menos en mi experiencia, he notado que esa preocupación es mucho más clara cuando se trata de hijos varones. Creo que este es un punto que merece profundizarse en investigaciones ulteriores.

Reiterando, entonces, la ideología dominante recurre a mecanismos sutiles, y por ello efectivos, de control sobre el pensamiento, sentimiento y acción de las personas. Uno de ellos es la mentira. Y ésta trabaja afanosamente para defendernos de una personaje tenebrosa y terrorífica, sobre todo para los varones: LA HOMOFOBIA.

Aquí entiendo la homofobia como aquello que nos muestra todo aquello que busca evitar que algo que hagamos sea catalogado como de las mujeres. Si un hombre es "descubierto" haciendo algo propio de lo prescrito a las mujeres, es asimilado a ellas: es "raro, afeminado. mamita, etc.". Esto tiene que ser evitado. Una manera de hacerlo es acudiendo a la homofobia como dispositivo de control.

Tradicionalmente se entiende la homofobia como el rechazo evidente -a veces violento- de todo lo que tenga que ver con la homosexualidad (masculina o femenina). En este trabajo la postulo como el esfuerzo ingente que tiene que hacer el hombre para no verse invadido por lo femenino. Como vimos en las escenas, esta invasión o la sola posibilidad de ella, se vuelve muy amenazante para la integridad de lo masculino. En otros términos, la homofobia causa mucho miedo, no obstante que al mismo tiempo hace las funciones de defensa.

Es mi criterio que si bien la mentira ha mostrado su efectividad, en muchas ocasiones se echa mano de otros medios para mantenernos en ciertas posiciones. En otros términos, si la masculinidad -como ha sido construida e impuesta- es un bien tan valioso, hay que valerse de lo que sea para sostenerla. En muchas ocasiones, si hay que rigidizar la situación con ese propósito, la situación se rigidiza.

Esto me ha llevado plantear, en forma tentativa, una hipótesis en torno al problema de la violencia doméstica : puedo considerar a ésta como una forma exacerbada, extrema, de mantenerse en posiciones dadas socialmente. Es decir, si bien la violencia se deriva de las relaciones de poder, podemos decir que en este actúa la mentira como mecanismo evidente de su acción.

No es intención en este trabajo profundizar en tan delicado tema, que se aparta ligeramente del objeto central de este artículo. Lo planteo como un argumento más en la línea de seguirle la pista a la mentira y sus estratagemas. Esta es fomentada, reforzada y enseñada para que funcione en forma adecuada.

La violencia doméstica la entiendo como un extremo en el esfuerzo permanente de mantener ciertas posiciones de privilegio y poder (asunto que requeriría mayor profundización y análisis crítico; no entro a discutir cuestiones de fondo, como por ejemplo la idea que sean solo los hombres los agresores; o el problema de la violencia no física). Además, y esa es la tesis que sostengo, aquella se exagera en forma proporcional a la percepción que se tenga de la masculinidad como algo frágil y, de alguna manera, fácil de perder, como lo he venido señalando. La fragilidad produce mucho temor y para defenderme de ello recorro a lo que sea: un recurso para ello es la violencia. La concibo, entonces, como una medida o recurso extremo de protección ante el temor de dejar de ser hombre. Así, la violencia, es una salida rígida ante el terror omnipresente. Salida que, no está demás decirlo, desbasta física y psicológicamente a mujeres y niños (y a los hombres también).

En otros términos, estamos frente a una masculinidad cuya imagen no es otra que la de ser aberrante y aberrada.

La breve reflexión anterior nos hace desembocar irremediablemente en un juego de escenas que nos es del todo conocida y cotidiana: la que los medios de prensa nos muestran por medio de fotografías, escenas televisivas o testimonios de personas brutalmente agredidas. No es necesario reiterarlas. Si creo necesario subrayar que estas son

manifestaciones de un tipo de violencia.

Hablar, por implicación, de los costos que todo esto tiene para todos y todas es una especie de ejercicio repetitivo. No obstante, debe decirse que esos costos son muy altos; con un agravante adicional: no solo es difícil ver en acción esos mecanismos sino que también en muchas ocasiones, sus consecuencias son difíciles de percibir también. Y en esto, los varones tenemos lo que podemos llamar una desventaja.

Siguiendo a Rivera-Medina (1991), esos niveles de poder y privilegios que se han asociado con la condición masculina, lo que no se discute, han sido posibles a cambio de penurias también. Para mantenerse en esas posiciones, los varones han tenido que recurrir al cercenamiento de una serie de capacidades que como seres humanos tenemos, con la hipertrofia de otras características, altamente dañinas para sí mismos y para los y las demás. De ese cercenamiento hay poca o nula noción.

Qué hacer ante esto?

Si es una construcción social (la masculinidad, la feminidad, el género), tiene que darse una desconstrucción social y una reconstrucción social. No lo puedo concebir de otra manera. En otras palabras, necesitamos pensar y actuar sobre el cómo, hombres y mujeres, podemos seguir conviviendo de manera diferente en donde no tengamos que estar mintiéndonos permanentemente para sentirnos bien y actuar; vivir, más bien, conforme a una relación solidaria y respetuosa entre los y las seres humanos. No se requiere seguir en ese juego de divisiones tajantes y maniqueas simplemente por hacerle el juego a algo o alguien, que al final no sabemos ni dónde está ni quién es, aunque su presencia sea innegable.

A esta altura de la discusión, suena a majadera reiteración el afirmar que para los varones, sin embargo, esos procesos de desconstrucción y reconstrucción son especialmente difíciles. Una respuesta simple al por qué eso es contestar diciendo "que por miedo a perder privilegios". Es posible que eso se dé, pero no es lo único. Al preguntársele a los varones sobre qué les parece todo esto, su respuesta es de extrañeza ante la pregunta misma; no hay enganche, no hay sintonía con el asunto.

En una de las escenas descritas previamente, dábamos cuenta de aquel hombre que no puede concebirse temprano en su casa, haciendo algo impropio de sus actividades laborales, ya que ello es perder el tiempo. Cuando a él se le plantea la alternativa de pensar la situación y a sí mismo de manera diferente, simplemente le es casi imposible hacerlo.

Su angustia ante dicha posibilidad es difícil de narrar; se le dificulta ubicarse fuera de lo que tradicionalmente ha venido haciendo. -Y esto en un hombre que ya aceptó por medio de un trabajo de psicoterapia en pareja, revisar algunos asuntos propios de él y de su compañera y familia!.

Lagarde afirma que "Existen pocas y reducidas formas de ser mujer" (1990, pag.21). Yo creo que esto se aplica también a los hombres. Según lo aprecio, existen pocas formas de ser hombre; se hace necesario atender las consecuencias de aquellos que en algún momento intentan salirse de esas formas y crear nuevas formas de ser hombre. Muchas veces, aquí también los costos son muy altos.

Para finalizar, es necesario pensar en una idea, polémica y

discutible, que suscribo: de esto no salimos si no es en conjunto. Las tesis, para algunas situaciones y momentos válidas, que la mitad de la humanidad tiene que trabajar por un lado y la otra mitad por otro es una tesis errada.

No desde el primer momento y no en todo, los hombres y mujeres debemos y podemos trabajar en conjunto. Aún es necesario resolver aspectos fundamentales en cada uno de los grupos, donde las diferencias muchas veces son abismales (por país, por cultura, por etnia, por condición económica, etc.). A manera de ilustración, no es lo mismo la condición de la mujer campesina, indígena latinoamericana que la de sus congéneres ciudadinas y profesionales, aun cuando compartan muchas características y situaciones adversas. -¡Ni qué decir de las diferencias entre los mismos varones!

Creo que si bien es cierto los varones tenemos que hacer primero un proceso amplio de reflexión y toma de conciencia sobre que nos está pasando, de dónde viene todo esto, si lo dejamos hasta ahí lo que vamos a hacer es fomentar una mayor división, sin acceder a la idea que los mecanismos que aquí hemos expuesto son efectivos porque actúan tanto en los hombres como en las mujeres. Estos mecanismos preparan las condiciones para que lo que es visible en unas no lo sea en otros, y viceversa. De esta manera, las posibilidades del diálogo solidario y fructífero son sistemáticamente coartadas.

Si no hay punto de contacto e intentos de romper creo que todos y todas seguiremos perdiendo, cada quien en su dimensión, y todo el conglomerado en lo peor: estar cada vez más alejados.

Si la humanidad, hoy más que nunca, requiere de comportamientos

solidarias, creo que debemos empezar por lo que nos es más inmediato: reformulemos nuestras relaciones como hombres y como mujeres, y actuemos en concordancia.

Por algún lado habría que empezar. Una manera, inicial y no única, es desde la misma Universidad: es en la formación de los y las profesionales (en este caso, de Psicología) donde tenemos un terreno apto para sembrar la simiente de nuevas posibilidades. Claro estoy que nos encontramos frente a pesados cinco mil años de historia de la humanidad, pero no por ello debemos seguir permitiendo que las cosas continúen como y por donde van. A diferencias de otros ámbitos de la realidad, lo concerniente al comportamiento de los individuos y los grupos está en nuestras manos. Es cuestión de "arremangarnos" y ponernos a trabajar.

BIBLIOGRAFIA

Chinchilla, L. y Gutiérrez, I. (1992). Representaciones sociales de masculinidad y la figura paterna en un grupo de adolescentes. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, Tesis para optar al grado de Licenciatura en Psicología.

Lagarde, M. (1990). Cautiverios de las mujeres, madresposas, monjas, putas, presas y locas. México, D.F.: Publicación de la Universidad Nacional Autónoma de México, Colección Posgrado.

Naifeh, S. y White, G. (1991). Por que los hombres ocultan sus sentimientos. Buenos Aires, Argentina: Javier Vergara Editor S.A.

Ortiz, M. (1994). Masculinidad y prostitución femenina. Un análisis psicosocial realizado con siete clientes y treinta y dos prostitutas. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, Tesis para optar al grado de Licenciatura en Psicología.

Rivera-Medina, E. (1991). Poder, privilegio y penuria. San José, Costa Rica: Ponencia presentada en el XXIII Congreso Interamericano de Psicología.

Rodríguez, M. E. y Salas, J. M. (1991). Poder y Violencia: la perspectiva masculina en relación con la violencia en general y la doméstica en particular. En: Revista Costarricense de Psicología,

No. 19, junio-diciembre, páginas 9-20. San José, Costa Rica:
Publicación del Colegio Profesional de Psicólogos.

Rojas, A. M. y Scott, M. (1994). Relatos de vida y representación
del dinero en cinco mujeres prostitutas. San José, Costa
Rica: Universidad de Costa Rica, Tesis para optar al grado de
Licenciatura en Psicología.